



América Latina Hoy

ISSN: 1130-2887

latinohoy@usal.es

Universidad de Salamanca

España

Garcé, Adolfo; Yaffé, Jaime
La izquierda uruguaya (1971-2004): ideología, estrategia y programa
América Latina Hoy, vol. 44, diciembre, 2006, pp. 87-114
Universidad de Salamanca
Salamanca, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30804405>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ISSN: 1130-2887

LA IZQUIERDA URUGUAYA (1971-2004): IDEOLOGÍA, ESTRATEGIA Y PROGRAMA

The Uruguayan left (1971-2004): ideology, strategy and manifesto

Adolfo GARCÉ y Jaime YAFFÉ

Universidad de la República

✉ agarce@fcs1.fcs.edu.uy

✉ jaimeyaf@fcs1.fcs.edu.uy

BIBLID [1130-2887 (2006) 44, 87-114]

Fecha de recepción: febrero del 2005

Fecha de aceptación y versión final: mayo del 2006

RESUMEN: Desde el punto de vista ideológico pueden distinguirse tres etapas en la evolución de la izquierda uruguaya desde la creación del Frente Amplio (1971) hasta su reciente e inédito triunfo electoral. Durante la primera etapa (1971-1984), exhibía un programa democrático y reformista mientras que la ideología de la mayoría de los partidos que la integraban subestimaba el papel de la democracia liberal y aspiraba a instaurar lo más pronto posible el socialismo. La segunda etapa (1985-1994) es un tiempo de transición ideológica, impulsada por factores domésticos y exógenos. Este proceso desemboca en la creación del Encuentro Progresista (1994), constituido sobre la base de la alianza entre el Frente Amplio y nuevos aliados provenientes de los partidos tradicionales. A partir de esa fecha, y durante la década siguiente, la izquierda uruguaya siguió mutando, abandonando la mayor parte de sus propuestas programáticas de comienzos de la década de 1970 y convirtiéndose en un partido *catch-all* y socialdemócrata.

Palabras clave: ideología, programas, partidos, izquierda, Uruguay.

ABSTRACT: Focusing on the ideology of the Uruguayan left, we recognize three stages in its evolution since the creation of the *Frente Amplio* in 1971 until its recent electoral triumph (2004). During the first stage (1971-1984), the FA promoted a democratic and reformist program. Whereas the ideology of the majority of its different fractions underestimated the idea of liberal democracy, and aspired to reach socialism as soon as possible. The second stage (1985-1994) was a time of ideological transition, influenced by domestic changes and international contexts, culminating on the creation of the *Encuentro Progresista* (1994), an alliance between FA and new partners coming from traditional parties. During the next last decade (1995-2004), the Uruguayan

left continued its transformation, leaving behind most of its programmatic proposals of the early seventies and becoming a social-democratic catch-all party.

Key words: ideology, manifestos, parties, left, Uruguay.

I. INTRODUCCIÓN¹

En este artículo ofrecemos al lector una radiografía minuciosa de las ideas que caracterizan a la izquierda uruguaya en el momento en que, por primera vez en la historia de la democracia en Uruguay, accedió al gobierno nacional. No obstante, para poder explicar qué piensa hoy la izquierda uruguaya es imprescindible reconstruir la trayectoria de sus ideas desde la creación del Frente Amplio (FA) en 1971 hasta su victoria electoral en octubre del 2004. Como se verá a lo largo del texto, al cabo de estas tres décadas, las bases ideológicas, la estrategia política y el programa de gobierno de la izquierda uruguaya han experimentado un largo, lento y complejo proceso de transformación, cuyas causas también buscamos identificar.

La investigación que respalda este trabajo fue realizada durante el primer semestre del año 2004 con la intención de responder una pregunta que, ante la inminencia de la victoria electoral de la izquierda, se formulaban numerosos estudiosos y actores de la política uruguaya: ¿qué es lo que, en materia de políticas públicas, cabía realmente esperar si la izquierda ganara las elecciones? Dicho de otro modo: ¿cuáles eran, por detrás del marketing político y de la retórica electoral, las preferencias sustantivas de la coalición de izquierda en Uruguay?

Para estudiar las ideas de la izquierda privilegiamos el análisis de contenido de los programas (plataformas electorales y planes de gobierno aprobados en los organismos correspondientes y publicados por la fuerza política durante la campaña electoral). Sin embargo, a medida que fuimos profundizando en esta aproximación, comprendimos que para entender los programas debíamos ampliar nuestra mirada hacia la ideología (las concepciones globales sobre la economía, la sociedad, la política, la cultura y las relaciones internacionales) y la estrategia (la identificación de objetivos finales e intermedios, las etapas, instrumentos y alianzas necesarias para alcanzarlos).

En el terreno ideológico, nos pareció necesario contestar, entre otras, las siguientes preguntas: ¿cómo ha entendido, a lo largo de las últimas tres décadas, la noción de cambio social?, ¿qué posición ha tomado frente al antiguo pleito de reforma o revolución?, ¿en qué términos se ha planteado el problema del desarrollo económico y, más específicamente, la clásica antinomia capitalismo o socialismo?, ¿cuál ha sido su posición frente a las garantías institucionales de la poliarquía, y más específicamente, frente a la libertad política y el pluripartidismo? Y en el plano de la estrategia nuestras interrogantes fueron básicamente dos: ¿de qué modo aspiraba la izquierda a llegar al gobierno?, ¿con qué actores políticos y sectores sociales aspiraba a articular alianzas?

1. Agradezco los comentarios de los evaluadores externos a la revista.

Ninguno de estos factores (programa, ideología, estrategia) constituyen datos que vengan dados *a priori*. Por el contrario, son el resultado de complejos procesos de decisión que se dirimen al interior de los partidos. Por ello, cuando se estudia la trayectoria ideológica y programática, no debe considerarse a los partidos como actores unificados. En verdad, como bien lo han señalado algunos especialistas (Panebianco, 1982; Katz y Mair, 1992; Kitschelt, 1994), se trata de microsistemas políticos en los que hay una rica vida interna, surcada por debates y confrontaciones entre fracciones y líderes que luchan para lograr que sus propias posiciones sean asumidas por el conjunto.

En este artículo registramos la evolución de las ideas, la relacionamos con la dinámica de la competencia intrapartidaria y con el liderazgo. Sin ello, nuestra capacidad de comprensión del asunto que pretendemos ilustrar y explicar sería decididamente insuficiente. Pero, no es posible, en el espacio de este artículo, ocuparnos de todo lo que pensaban todas las fracciones del FA durante este extenso lapso (que han sido muchas por tratarse del partido más fraccionado del sistema político uruguayo). Por ello nos basamos principalmente en el análisis de los manifiestos (programas de gobierno, plataformas electorales, documentos estratégicos) del FA y del Encuentro Progresista (EP). Y toda vez que la explicitación de las confrontaciones internas es relevante para explicar la trayectoria partidaria, incorporamos el análisis de las ideas y posiciones de las fracciones que las protagonizaron.

La idea principal que defendemos es muy sencilla. Desde nuestro punto de vista, la moderación del programa de la izquierda durante los últimos años va mucho más allá de un mero «maquillaje» electoral motivado en la obtención del apoyo de electores centristas incautos. La izquierda uruguaya ha cambiado profundamente: es mucho más democrática que la de 1971; del antiimperialismo original no conserva más que la vocación y, hasta cierto punto, la retórica; el socialismo dejó de ser una meta concreta relativamente inmediata para convertirse en un horizonte lejano o, directamente, en una utopía; el «progresismo» se conforma con construir, como han dicho algunos de sus principales voceros, un capitalismo «en serio», y con ejecutar políticas de redistribución del ingreso. A diferencia del PT brasileño, el cambio no se produjo rápidamente en el final de la carrera hacia el gobierno. Como si hubiera incorporado el ritmo amortiguado que caracteriza los procesos políticos nacionales, el FA ha evolucionado lenta, gradualmente.

Hemos estructurado la presentación de la evolución de las ideas de la izquierda uruguaya en tres capítulos, cada uno de los cuales aborda una de las tres grandes etapas que, a nuestro juicio, presenta la trayectoria que nos ocupa. Durante la primera etapa («el frentismo», entre 1971 y 1984) la izquierda, muy poco sensible a las nociones básicas del liberalismo político, era revolucionaria y socialista, «antiimperialista y antilogárquica», estatista y planificadora. La segunda etapa («la transición», entre 1985 y 1994) comienza con la restauración de la democracia² y culmina con la creación del

2. Uruguay fue gobernado por una dictadura cívico-militar entre el 27 de junio de 1973 y el 1.º de marzo de 1985.

Encuentro Progresista. Durante estos años, jalona por el derrumbe del socialismo real, la izquierda uruguaya fue sacudida por un intenso debate ideológico, estratégico y programático que derivó en una notoria moderación de sus propuestas de cambio. Al mismo tiempo, el FA evolucionaba desde su originaria condición de coalición de partidos de izquierda hacia la de partido político propiamente dicho. La tercera etapa («el progresismo», entre 1995 y 2004) abarca la última década y coincide con la consolidación del liderazgo de Tabaré Vázquez y con el gran crecimiento electoral que culminó en el triunfo de octubre del 2004. En tabla anexa después de la bibliografía, se resume la evolución de los principales contenidos de los programas del FA entre 1971 y 2004.

I.1. Ideas y política en la Ciencia Política contemporánea

Nuestro trabajo viene a sumarse a la, relativamente reciente, revitalización de los estudios sobre ideologías y programas partidarios. Una cuestión central y obvia para autores clásicos como Duverger y Sartori, la ideología de los partidos, perdió su *charme* como objeto de estudio para buena parte de los estudiosos de las generaciones siguientes. En el inventario de los factores que incidieron en este eclipse no deberían faltar, al menos, los siguientes fenómenos: el auge de los partidos *catch-all* después de la segunda posguerra, la crisis del socialismo a la soviética y también del *Welfare State* europeo en las décadas de los años 1970 y 1980, las recurrentes manifestaciones acerca del «fin de las ideologías», el ascenso de modelos económicos de comportamiento político y el fuerte énfasis en las instituciones que caracteriza a la Ciencia Política de los últimos quince años.

A comienzos de la década de 1980 el panorama académico empezó a cambiar. La creación del *Manifesto Research Group* (MRG) en el marco del *European Consortium for Political Research* (ECPR) permitió que sumaran sus esfuerzos numerosos expertos interesados en llevar adelante estudios comparativos de los programas de los partidos políticos. Un poco más adelante, en 1989, con la puesta en marcha del *Comparative Manifestos Project* (CMP), la sistematización de información sobre los programas partidarios recibió un impulso poderoso que permitió crear una importante base de datos. Durante la década de 1990, gracias a autores como Ian Budge, Hans-Dieter Klingemann, Michael Laver, John Garry y Carles Boix, entre otros, se multiplicaron las publicaciones de artículos y libros sobre programas e ideologías partidarias (Budge, 1993; Budge, Hofferbert y Klingemann, 1994; Boix, 1996; Laver y Garry, 2000).

El ciclo señalado también, a su manera, se manifestó en Uruguay. Para autores clásicos en el campo de la Historia Política -como Juan Pivel Devoto, José Pedro Barrán y Benjamín Nahum- y para el principal pionero de la Ciencia Política moderna en el país -Carlos Real de Azúa- la ideología de los actores políticos era un factor explicativo muy relevante (Pivel, 1942; Barrán y Nahum, 1981; Real de Azúa, 1971). En cambio, en las generaciones siguientes han tendido a prevalecer enfoques que privilegiaron el peso de los intereses -como para Lanzaro en sus estudios sobre el corporativismo en Uruguay- y de las instituciones -como para Luis E. González en su explicación,

«a la Linz», de los quiebres de la democracia uruguaya - en desmedro del poder de las ideas (Lanzaro, 1986; González, 1993). Durante el segundo lustro de la década de 1990, empero, algunos estudios han comenzado a jerarquizar nuevamente el papel de las ideas en las políticas públicas y a intentar avanzar en la reconstrucción de la trayectoria de las ideologías y de los programas de los partidos políticos uruguayos.

Este último punto merece un párrafo adicional. A semejanza de lo que ha sucedido en los estudios acerca de los partidos Demócrata y Republicano en EE.UU. (Gerring, 1998), también en Uruguay ha prevalecido durante décadas una interpretación que negaba que el Partido Nacional y el Partido Colorado tuvieran ideologías relevantes. En realidad, desde mediados de siglo XX hasta bien entrada la década de 1980, la inmensa mayoría de los estudiosos consideraban que los partidos tradicionales eran, en verdad, coaliciones de fracciones conformadas gracias a una «trampa» legislación electoral y orientadas en función de los intereses de sus «clientes», sin matrices ideológicas persistentes y reconocibles. Tan profundamente asumido estaba este punto de vista, que los demás partidos del sistema - comunistas (PCU), socialistas (PSU), cívicos (UC) y, más tarde, demócrata-cristianos (PDC) - solían ser denominados «partidos de ideas», por oposición a los partidos tradicionales (PC y PN), a los que se les negaba la dignidad de ser portadores de ideologías y programas cabales (De Armas, Garcé y Yaffé, 2003).

II. EL FRENTE FUNDACIONAL (1971-1984)

De la lectura de los manifiestos de 1971 surge un claro compromiso con la democracia formal y una búsqueda de caminos de tono reformista para la construcción de un capitalismo dinámico. Pero, cuando se incorporan al análisis la ideología y las estrategias políticas de los sectores que componían la coalición de izquierda, se concluye que entre ambos planos (el programático y el ideológico) mediaba una distancia considerable. El programa era explícitamente democrático; la ideología de los principales partidos frentistas no. El programa del FA no era anticapitalista; la ideología de los partidos que lo integraban sí.

Entre 1971 y 1984, entre el ascenso del autoritarismo y su ocaso, la izquierda no experimentó cambios importantes en ninguno de los dos planos. Por ende, la principal característica de todo este período es la persistencia de esta distancia entre ambos niveles. La estabilidad de sus ideas durante esta primera etapa contrasta con la aceleración de los debates y cambios en el pensamiento de izquierda en otras partes del mundo. La causa principal de este relativo inmovilismo hay que buscarla en el contexto político. El telón de fondo de esta etapa es el proceso de instauración, consolidación y crisis del autoritarismo en Uruguay. Durante todos esos años, el objetivo político principal de la izquierda, duramente perseguida por el aparato represivo del régimen, fue la recuperación de la libertad política. Otros debates, en particular, los relacionados con las transformaciones económicas y sociales, quedaron postergados hasta el período postautoritario.

II.1. El trasfondo ideológico

Empecemos por examinar los principales rasgos de la ideología de los grupos que integraban el FA. La mayoría de ellos se inscribían dentro del paradigma marxista. Casi sin excepción, se declaraban anticapitalistas y adherían a alguna versión del socialismo como meta de su acción política, aunque en lo inmediato suscribieran un programa de desarrollo capitalista. En cuanto a la concepción del cambio social y político, las concepciones revolucionarias predominaban sobre las reformistas.

La presencia de la idea de revolución era muy intensa. Luego de las elecciones de 1971, en un acto público, el líder histórico del FA, Líber Seregni, proclamaba que:

La razón de ser, el porqué y el para qué de nuestro Frente Amplio, está en realizar una tarea histórica fundamental: cumplir el proceso revolucionario en nuestro país. En transformar las viejas estructuras económicas, políticas y sociales de nuestro país hoy caducas, y crear las nuevas que corresponden a la instancia que nuestro pueblo debe vivir. Y es sí, un verdadero, un auténtico proceso revolucionario, porque el que nuestro Frente se propone es no sólo el cambio profundo de las estructuras, sino la sustitución de las clases en el poder. Desplazar del poder a la oligarquía y llevar al pueblo a gobernar³.

Era además una ideología claramente estatista, marcada por una completa desconfianza respecto del mercado como mecanismo para la asignación de los recursos de la sociedad en un sentido conducente, simultáneamente, al crecimiento y la igualdad. La izquierda se parapetaba en el extremo opuesto de la concepción liberal de la economía. Asumía que, de dejarse librado a sus solas tendencias, el mercado necesariamente conduciría a la confirmación de la pauta de crecimiento que favorecía a las «clases dominantes» así como al «capital extranjero», concentrando aún más el ingreso, desviando al país de la ruta del desarrollo nacional y perpetuando la sujeción al esquema de «dominación imperialista y oligárquica». Por ello, en el marco de la fase de desarrollo capitalista, el funcionamiento del mercado debía quedar subordinado a la dirección y control del Estado mediante una estricta planificación de las metas y los recursos. La planificación era el instrumento adecuado para que el estatismo asegurase el desarrollo económico y social. De esta forma, el estatismo, la planificación y el desarrollo estaban conceptualmente vinculados.

Como corolario del predominio del marxismo como referente ideológico, la sociedad civil era vista como un campo de lucha subordinado a la esfera política. En su seno se configuraban, como resultado del proceso de la producción social, las clases y sus intereses inmediatos que, expresados en el terreno político, hacían que su enfrentamiento deviniese en la lucha de clases (el «motor de la historia»). De allí que predominase una propensión al conflicto social, aun cuando en la práctica se admitiese la conveniencia

3. Fragmento de un discurso pronunciado en Montevideo el 18 de diciembre de 1971 (G. WETTS-TEIN, 1984).

de ingresar en mecanismos de acuerdo y concertación de intereses que permitiesen obtener mejoras materiales para los trabajadores y, al mismo tiempo, salvaguardar su «conciencia de clase». En el marco de la estrategia de alianzas sociales y políticas propia de la concepción de la revolución por etapas (democrático-burguesa-nacional primero, socialista luego) se apeló al policlassismo aun cuando no se renunció al discurso de clase y al cultivo del obrerismo.

Con muy pocas excepciones (entre las que destacaba la del Partido Demócrata Cristiano, PDC), los frentistas preferían claramente la igualdad a la libertad, hasta el punto de tolerar lesiones a la libertad en aras de la igualdad. Prevalecía una muy pobre valoración de la democracia como sistema político, a la que se adjetivaba negativamente como «burguesa», «formal» o «liberal» para denunciar su carácter incompleto, o su falsedad. Por oposición, la democracia «verdadera» o «sustantiva» se identificaba con la combinación de participación política y justicia social.

Otro componente relevante de la ideología del frentismo en su primera etapa se refería a la importancia dada a la cuestión nacional y la relación con los centros de poder internacional, esto es, la cuestión del nacionalismo y del antiimperialismo. La izquierda uruguaya de la década de 1960 no era nacionalista en el sentido estricto de la palabra, pero desde mediados de la década de 1950 comunistas y socialistas habían hecho una incorporación muy fuerte de la cuestión nacional. En distintas formas, sin renunciar al internacionalismo universalista de sus orígenes, ambos combinaron la matriz de pensamiento socialista con la reivindicación de la nación. Los socialistas concretaron esta combinación en la formulación teórica de un «socialismo nacional». El imperialismo (interpretado como una derivación intrínseca del capitalismo) y la oligarquía eran las amenazas de las que el interés nacional debía ser preservado. Así, la lucha por la nación se enlazaba con la lucha mayor contra la dominación capitalista, al tiempo que permitía delinejar estratégicamente la necesidad y la posibilidad de alianzas sociales y políticas amplias, capaces de provocar cambios en la correlación de fuerzas, facilitando la marcha hacia el socialismo como la meta final. Ésta era la concepción de la revolución por etapas: la lucha por la liberación nacional, antiimperialista y antioligárquica, constituía el primer momento de la transición mayor del capitalismo al socialismo.

II.2. El programa del frentismo

El programa fundacional del FA (contenido en el documento «Bases programáticas de la Unidad», de febrero de 1971) era una respuesta a la crisis económica y social que atravesaba el país y al avance del autoritarismo civil, inspirada en una combinación de estructuralismo desarrollista y dependentismo. Junto con temas propios de la coyuntura política se formulaba una ambiciosa agenda de modificaciones «estructurales» con un sentido antioligárquico y antiimperialista, nacional y popular.

En el aspecto político, este primer programa evidenciaba una preocupación por la democracia formal, el pluralismo y la libertad, al mismo tiempo que el reclamo de su profundización, a través de la ampliación de la participación y el control ciudadanos,

la extensión de los mecanismos de democracia directa y la descentralización territorial. En este punto las formulaciones programáticas entraban claramente en contradicción con las bases ideológicas de la izquierda, que tenía una muy pobre opinión acerca de la democracia liberal. Para explicar esta paradoja hay que tomar en cuenta tres elementos. En primer lugar, las urgencias del contexto de deterioro de la democracia y avance autoritario impulsados por el gobierno de la época, con anterioridad a la instauración de la dictadura en junio de 1973.

En segundo lugar, el hecho de que el FA también surgió como una alternativa legal y democrática frente a la estrategia de lucha armada que desde mediados de la década de 1960 venían impulsando como vía para la revolución en Uruguay algunos sectores de la izquierda, especialmente el Movimiento de Liberación Nacional (MLN). En tercer lugar, la heterogénea composición del FA y las transacciones que permitieron su fundación: la explícita defensa de la democracia formal, lo mismo que de su dimensión pluralista, fueron concesiones de los sectores marxistas -fundamentalmente el Partido Comunista (PCU) y el Partido Socialista (PS) - al PDC y algunos grupos provenientes de los partidos tradicionales que, más allá de que coincidiesen en la necesidad de mejorarla y completarla en sus dimensiones sociales y económicas, defendían la democracia como sistema político representativo y pluralista.

Pero el corazón del programa estaba en el vasto conjunto de profundas transformaciones económicas y sociales que se proponían. Éstas reflejaban el predominio de las concepciones estatistas y planificadoras así como la influencia del pensamiento desarrollista y dependiente. Uruguay debía romper sus lazos de dependencia económica respecto al exterior y, para ello, se debían adoptar medidas tales como el rechazo al Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros organismos internacionales, la reconversión de la deuda externa aplazando pagos y mejorando condiciones, la imposición a las empresas extranjeras de la obligación de reinvertir de sus utilidades en el país, la restricción de la salida de capitales, y el establecimiento de relaciones comerciales con todos los países del mundo, en particular los del bloque socialista con los que el país tenía escasa vinculación económica.

Esta profunda modificación de la inserción internacional del país debía ser complementada por una serie de reformas de la estructura económica y social nacional: la «planificación nacional independiente de la economía, con objetivos sociales», instituyendo para ello un «organismo para dirigir la planificación donde participen los sindicatos obreros, los productores, los técnicos y los representantes del poder político»; la expansión del patrimonio comercial e industrial del Estado mediante una política de nacionalizaciones; una reforma agraria que redistribuyera la tierra eliminando el latifundio y apoyando a los pequeños y medianos productores; la «nacionalización de la banca» y de los «grandes monopolios que controlan el comercio exterior»; y una «reforma radical del régimen tributario», gravando, por medio de impuestos directos, las grandes fortunas, el capital improductivo y los vicios sociales.

Como ya anticipamos, durante los años de gobierno dictatorial (1973-1984), a pesar de las variaciones en el contexto (tanto en el plano internacional como en el plano doméstico), y, en menor medida, en la ideología, el programa no cambió demasiado. Ello fue

así, entre otras cosas, porque tras 12 años de clandestinidad y desarticulación física, el FA prácticamente no tuvo tiempo para la discusión programática, dado el brevísimo lapso de pocas semanas que medió entre su retorno parcial a la legalidad en agosto de 1984 y el inicio de la campaña para las elecciones de noviembre de ese año. Por ello, al margen de cualquier otra circunstancia, las nuevas «bases programáticas» de 1984 apenas fueron un ajuste de las de 1971. En esencia, el programa fundacional se mantuvo.

En el capítulo político se planteaba la «construcción y consolidación» de una «democracia auténtica» -adjetivación que reitera la dicotomía entre «falsa» y «verdadera» democracia- que se apoyaría «en la iniciativa y la participación popular», el «control permanente de la ciudadanía», la «pluralidad del partidos», la «plena vigencia de libertades, derechos y garantías constitucionales y legales». Se reiteraba, por tanto, el pronunciamiento a favor del pluralismo y el reclamo de la profundización de la democracia con una orientación participativa y ciudadana. Sin embargo, la mayor parte de la izquierda seguía aferrada a concepciones teóricas (el marxismo) y referencias internacionales (los régimenes comunistas, desde Cuba hasta la URSS) que contradecían los principios explicitados en su plataforma electoral. Otra vez, como en 1971, el contexto político es decisivo en la explicación de la paradoja: en 1984 Uruguay estaba recorriendo el tramo final de la dictadura lo que volvía a justificar la preocupación por la democracia «formal», independientemente de hasta qué punto no se la consideraba aun como la «auténtica» democracia.

En el capítulo económico se mantenían en general las mismas ideas de 1971. De todos modos, vale la pena marcar tres cambios: la reforma agraria se mantenía, pero ya no se hablaba explícitamente de la eliminación del latifundio; en lugar de nacionalización de la banca se planteaba directamente su estatización; por último, desapareció la mención a la «nacionalización de los rubros esenciales del comercio exterior». El resto del programa económico de 1971 se mantuvo sin cambios: la prioridad seguía siendo introducir profundos «cambios en las estructuras económicas y sociales»; asimismo, se seguía atribuyendo un rol preponderante al Estado, cuyas potestades de planificación y regulación así como su aparato industrial, comercial y social se planteaba expandir.

III. LA TRANSICIÓN (1985-1994)

En las elecciones de noviembre de 1984 se verificaron algunos cambios de relieve en el mapa interno del FA. El Movimiento por el Gobierno del Pueblo (MGP) alcanzó una clara mayoría relativa desplazando de ese sitio al PCU que había sido el sector mayoritario en 1971. Las dos fracciones más volcadas hacia el ala centro izquierda del FA (el MGP y el PDC) reunieron algo más de la mitad del total de sus votos y tuvieron similar porcentaje de las bancas ganadas por la izquierda en la legislatura inaugurada en 1985. Este cambio en las primacías internas no fue resultado de una renovación ideológica y programática, pero la promovería en la etapa siguiente. Durante los diez primeros años de la democracia restaurada, más o menos públicamente pero siempre con gran intensidad, la izquierda debatió las principales cuestiones ideológicas, estratégicas

y programáticas. Al calor de estas polémicas, que no pueden aislarse del contexto político e ideológico nacional e internacional, sus ideas experimentaron transformaciones profundas.

Dentro de este período de transición deben distinguirse dos fases. En la primera (entre 1985 y 1989) la izquierda protagonizó un debate público de alta calidad. En el interior del FA emergieron dos posiciones claramente confrontadas. Las notorias diferencias entre quienes se proclamaron como la «nueva izquierda» (el MGP y el PDC) y el resto del FA, culminaron en 1989 con la escisión de los primeros y la creación del nuevo espacio (NE)⁴. Muy poco tiempo después de esta escisión, a fines de 1989, ocurrieron dos acontecimientos que dieron nuevo impulso al debate dentro del FA: el sistema socialista se derrumbó, y el FA ganó la elección municipal de Montevideo (la capital del país que concentra a más del 40% de los habitantes y de los electores). Estos dos hechos generaron condiciones para la profundización del debate iniciado durante el lustro previo. Al cabo de este nuevo ciclo de polémicas y discusiones (menos públicas y espectaculares que las de la primera fase), la mayor parte de la izquierda habrá abandonado o archivado buena parte del paquete ideológico y programático característico del frentismo fundacional. La creación del EP en 1994 fue el momento culminante de esta segunda fase de la transición.

III.1. El debate ideológico y estratégico

Es imposible entender el debate que puso en marcha la transición ideológica, estratégica y programática de la izquierda uruguaya sin tomar en cuenta la influencia del contexto externo e interno. En el plano internacional son los años de la *perestroika* y del ulterior desplome del sistema socialista, de la crisis del Estado de Bienestar (también del paradigma keynesiano que lo informaba) y de las reformas liberales (apoyadas, a su vez, en el eufórico regreso de la «ortodoxia»). En el plano regional son los tiempos de la redemocratización, de las «reformas estructurales» de inspiración neoliberal y de la forja del MERCOSUR. En el plano nacional, además de la transición política (del autoritarismo a la democracia) y de la transición económica (la aceleración del giro hacia el liberalismo, especialmente desde 1990), se vive otro cambio muy importante: el acceso del FA al gobierno municipal de Montevideo.

De todos los factores exógenos mencionados, el más importante desde el punto de vista de su impacto en la ideología de la izquierda, fue la implosión del sistema socialista. Aunque afectó particularmente al PCU, su onda expansiva alcanzó a toda la izquierda, conmoviendo abruptamente las bases que habían estructurado su pensamiento y su práctica política. En primer lugar, la teoría marxista, principal referencia teórica de la izquierda frentista, se vio severamente cuestionada. En segundo lugar, el socialismo fue dejando de ser una meta considerada factible de ser alcanzada en forma más

4. Al resolver su alejamiento del FA, el MGP pasó a denominarse Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP) y conformó junto al PDC y la UC, una coalición denominada Nuevo Espacio (NE).

o menos inmediata, para convertirse en un lejano horizonte de carácter ético o utópico. En tercer lugar, la crisis del marxismo y del socialismo impactó profundamente en la valoración de la democracia. Por último, el Estado empezó a cubrirse de sospechas mientras que el mercado, que no solía despertar mayores esperanzas en la izquierda, comenzó a ser revalorizado.

La experiencia doméstica también impulsó la transición. Por un lado, su propia y dolorosa vivencia del autoritarismo, el elevadísimo costo humano de la persecución y la resistencia a la dictadura (miles de torturados, prisioneros políticos y exiliados, más de un centenar de desaparecidos), le evidenció a la izquierda el valor de las «formalidades» democráticas. Todos los grupos frentistas eran más democráticos en 1985 que en 1971. Sin embargo, los más apegados al leninismo (especialmente los comunistas), seguían teniendo con la democracia una relación conflictiva: eran capaces de comprender el valor concreto de la democracia uruguaya y de luchar denodadamente por la recuperación de las libertades perdidas, pero no terminaban de entender las implicancias autoritarias de la doctrina política a partir de la cual aspiraban a construir la sociedad socialista. Una parte importante de la izquierda experimentó durante años estas tensiones entre la teoría y la vida, entre el vanguardismo y la democracia. El derrumbe del «socialismo real» liquidó rápidamente estos pleitos⁵.

Por otro lado, a partir de 1990 la experiencia de gobierno municipal enfrentó, por primera vez, a la izquierda a la necesidad de administrar recursos escasos para formular y ejecutar políticas públicas. Moviéndose en el marco de las numerosas restricciones que acotan el ejercicio del gobierno, el intendente Tabaré Vázquez evitó quedar prisionero de posiciones ideológicas y se manejó con sumo pragmatismo. Algunas decisiones del gobierno municipal (por ejemplo, la concesión de servicios municipales a empresas privadas) aceleraron el proceso de renovación ideológica y programática. La izquierda comenzó a utilizar el lenguaje, hasta entonces patrimonio exclusivo de la derecha liberal, de la «competencia» y la «eficiencia».

En los primeros años posteriores a la restauración democrática de 1985 habían aflorado fuertes diferencias internas acerca de qué estrategia debía seguir el FA. Simplificando, puede afirmarse que en la época coexistían tres posiciones, cada una de ellas impulsada por uno de los tres principales sectores de la izquierda en esa época (MGP, PCU y PS). El MGP sostenía que, sin renunciar al socialismo como aspiración de largo plazo, debían trazarse metas menos ambiciosas que, al menos, aliviaran la situación social de los sectores de menores ingresos. Para construir un gobierno de mayorías nacionales el MGP proponía reformar el sistema electoral y moderar el programa frentista. La

5. El tema de la democracia fue plenamente incorporado por el PCU durante el año 1989. Ocupó un lugar central en el documento «Una reflexión sobre la base de la renovación», aprobado por el Comité Central en el mes de junio. En ese documento los comunistas asumían claramente el fracaso del socialismo real y la revalorización de la democracia y del pluralismo político. Por su parte, el MLN renunció en 1985 a la lucha armada y se incorporó a la política legal. En 1989 se integró al FA y fundó en su seno el Movimiento de Participación Popular (MPP) que obtuvo en las elecciones de ese año dos bancas parlamentarias, iniciando un proceso que lo llevó a convertirse en 2004 en la principal fracción frenteamplista.

moderación del programa era imprescindible para tender puentes hacia los sectores denominados «progresistas» de los partidos tradicionales:

Es necesario activar los mecanismos que permitan coincidencias interpartidarias capaces de sacar al país del estado de postración profunda en que se encuentra [...] el país debe presenciar y respaldar acuerdos y coaliciones políticas aún más amplias que el actual Frente, en torno siempre a un programa de realizaciones mínimas, que no implicará -como no implica ahora- la pérdida de ninguna individualidad partidaria, ni declinar su propio proyecto nacional⁶.

En cambio, el PCU seguía pensando que el FA constituía la pieza clave de la revolución democrática, agraria y antiimperialista que abriría el camino hacia el socialismo en Uruguay. Esteban Valenti, uno de los dirigentes más influyentes en el PCU durante esos años, lo escribió con toda claridad en la revista teórica de los comunistas uruguayos:

¿Qué debemos hacer para aproximarnos al poder, al gobierno [...]. ¿Debemos parecer-nos cada día más a los partidos tradicionales, entibiar nuestros ardores renovadores? [...]. ¿O, por el contrario, sigue planteado el viejo pero siempre vigente desafío de cambiar de raíces la realidad política nacional y construir en la izquierda, con la izquierda, una auténtica alternativa popular? La sociedad uruguaya puede desplazarse hacia la izquierda [...]. No hay otro camino, lo otro es trampear a la gente⁷.

Finalmente, el PS se situaba en un punto intermedio: proponía avanzar hacia la revolución socialista desplazando del poder al bloque conservador, promoviendo un «programa alternativo al neoliberalismo» un poco menos ambicioso que el programa mínimo promovido por los comunistas y plasmado en el programa fundacional del FA. Para el PS, como para el MGP, era necesario articular, en torno al FA, una alianza más amplia, que incluyese a sectores políticos de los partidos tradicionales. La idea del PS era construir un gran acuerdo entre todos los actores políticos dispuestos a promover un cambio en la «política económica conservadora»:

[Un] conjunto de rigideces u obstáculos [...] limitan actualmente al FA para ser -por sí solo- la fuerza poderosa y mayoritaria del bloque alternativo, y ello lleva a que paralelamente a su propia expansión en el consenso social, se deba identificar a las estructuras políticas que están claramente desvinculadas del proyecto conservador. Es decir que la línea divisoria separa hoy en nuestro país a un bloque conservador que agrupa a la mayoría de los dirigentes de los partidos tradicionales (PPTT), enfrentado a un bloque

6. E. MELO (1987).
7. E. VALENTI (1988).

progresista cuyo eje vertebral es el FA y en torno al cual pueden articularse sectores de los PPTT que rechacen el proyecto del bloque conservador⁸.

Las divergencias ideológicas tenían como corolario estrategias y programas distintos. Por eso mismo, la «política de alianzas» fue el tema más importante en el debate de la izquierda en esos años. Antes de optar por abandonar el proyecto frenteamplista, los promotores de la renovación (MGP y PDC) insistían en que, para llegar al gobierno e impulsar políticas alternativas, era posible y necesario incorporar nuevos actores políticos. Para aquellos que veían al FA como un paso concreto hacia una bien tangible meta socialista (PCU), el gobierno del FA sólo tendría sentido en tanto significara un avance real hacia el objetivo final. Para quienes pensaban que era posible combinar ambas posturas (PS), había que evitar la ruptura del FA habilitando una actualización importante del programa fundacional que, a su vez, abriera el camino para establecer alianzas que dieran expresión política al «bloque alternativo» al «conservador» y permitiesen conquistar y establecer un gobierno de mayorías nacionales.

Cabe preguntarse si el proyecto del «bloque alternativo» defendido por el PS hubiera podido ser aceptado por el PDC y el MGP. En realidad, entre este proyecto y el programa con el que, a la postre, la «nueva izquierda» concurrió a las elecciones de 1989, no había diferencias insalvables aunque es cierto que, de todos modos, el del NE proponía cambios más moderados (sobre todo en lo referido al tratamiento del endeudamiento externo del país). Pero es claro que la ruptura del FA no se originó en diferencias programáticas.

En realidad, cuando en mayo de 1988 el MGP puso a consideración de la mesa política del FA su documento «pautas de reformulación del FA» en el que, entre otras cosas, reclamaba una profunda renovación programática, encontró entre los demás sectores una buena disposición a negociar. Los representantes de la «izquierda tradicional» estaban dispuestos a buscar formulaciones programáticas tan laxas como fuera necesario para evitar la ruptura del FA. De hecho, durante las negociaciones posteriores, la Comisión de Programa del FA incorporó buena parte de las sugerencias del MGP y el PDC. El verdadero problema era de índole ideológica y estratégica. El debate programático fue, en ese momento, una excusa de los promotores de la renovación para legitimar y reducir los costos que inevitablemente les acarrearía provocar la ruptura de la unidad de la izquierda⁹.

8. Análisis de la realidad. Tesis del 39º Congreso del Partido Socialista del Uruguay, PS, noviembre de 1987, pp. 16-17. Nótese la referencia temprana (siete años antes de la concreción del EP) a la noción de «bloque progresista».

9. El debate en la interna del FA se solapaba con otro debate tan intenso como el primero entre algunos sectores del FA y el MLN, cuyo ingreso formal al FA fue resistido hasta 1989 por el PDC y el PCU. Raúl Sendic, principal dirigente del MLN, propuso al salir de la cárcel la creación de un Frente Grande, una gran alianza política de fuerzas dispuestas a impulsar un programa de tres puntos: no pago de

III.2. La evolución del programa

Durante la transición, el programa del FA experimentó cambios mucho menores que los que se registraron en el plano ideológico y estratégico. La principal explicación de este bloqueo en la evolución del programa hay que buscarla en la lógica consensualista que siempre ha caracterizado su diseño institucional. Los estatutos del FA exigen que ciertas decisiones (integración de nuevos sectores, modificaciones del programa, reformas estatutarias, selección de candidatos a cargos ejecutivos nacionales y municipales, entre otras) sean adoptadas por consenso o por mayorías especiales. Para incorporar cambios programáticos el estatuto exige una mayoría de 2/3 de los delegados presentes en el Congreso¹⁰. Esta regla dificultó que el programa fuera incorporando modificaciones importantes que dieran cuenta de los cambios ideológicos y estratégicos.

El primer Congreso Ordinario del FA¹¹ (diciembre de 1987) incorporó el debate sobre «política de alianzas». Pese a la inclusión de la expresión clave de la estrategia que, al mismo tiempo que los socialistas, comenzaban a reclamar los promotores de la «nueva izquierda» («gobierno de mayorías nacionales»), en el documento seguía prevaleciendo la idea de que las alianzas sociales y políticas debían basarse en el programa del FA. La idea de moderar el programa del FA para ampliar las alianzas aún era mayoritariamente rechazada:

Nuestros grandes objetivos para este período, apoyados en el diagnóstico estructural que el FA realizó en la hora de su fundación y actualizó en 1984 en sus Bases Programáticas, tienden a la modificación radical del sistema económico, venciendo los obstáculos sociales y materiales que traban el desarrollo del país, y al avance hacia un nuevo sistema político, legislación electoral incluida, que posibilite una mayor participación popular; elimine formas institucionales que obstaculizan y distorsionan la expresión de la voluntad del pueblo; facilite desde el punto de vista legal las transformaciones socioeconómicas; y abra un cauce fluido al gobierno de las auténticas mayorías nacionales [...] la tarea de salvar al país y a la nación exige un gran esfuerzo del pueblo [...]. Por ello la necesidad de

— — — — —
la deuda externa, estatización de la banca y reforma agraria. La propuesta tenía, como puede verse, puntos de contacto con la posición del PS aunque curiosamente no vinculaba la ampliación de las alianzas con una moderación del programa, estrategia a la que el MLN, en el marco del MPP, recién se plegaría en 1999.

10. Según el artículo 96 de los Estatutos del FA, todas las resoluciones de Congreso requieren la aprobación de 2/3 de los congresales presentes (salvo en temas de simple procedimiento en que se resolverá por mayoría relativa).

11. Desde 1987, el FA ha realizado un Congreso Ordinario (CO) y un Congreso Extraordinario (CE) durante cada período de gobierno. En cada CO, además de discutirse cuestiones organizativas, el FA traza sus «grandes líneas de acción política». En esos eventos los problemas estratégicos y tácticos (como la política de alianzas sociales y políticas) ocupan un lugar central. En cada CE, que se celebra en los meses previos a las elecciones nacionales, el FA proclama su fórmula presidencial y aprueba el programa de gobierno o plataforma electoral. Tanto en los CO como en los CE se manifiestan, explícita o implícitamente, importantes cuestiones ideológicas y programáticas.

alianzas con los sectores y las fuerzas sociales, y la necesidad de acuerdos con todos aquellos sectores políticos con los cuales podamos alcanzar coincidencias programáticas¹².

En el primer Congreso Extraordinario (junio de 1989) se aprobó la plataforma electoral y la fórmula presidencial (Liber Seregni-Danilo Astori) para las elecciones de noviembre de ese año. Es difícil encontrar en esa plataforma novedades importantes respecto a las «Bases» de 1971 y de 1984. El programa siguió manteniendo un fuerte tono «antioligárquico y antiimperialista». Probablemente, la principal diferencia sea la desaparición de la referencia a la ampliación del papel del tamaño del Estado, muy clara en 1971 y 1984. En materia de endeudamiento externo, tras argumentar que gran parte de la deuda externa era ilegítima, se proponía la constitución de un «frente de países deudores» para negociar el «no pago» de los intereses. En cuanto al comercio exterior, se decía que el producto de las exportaciones debía «ser aplicado a desarrollar la producción y el empleo» para asegurar lo cual el FA «se compromete a utilizar todos los instrumentos necesarios». En cuanto al sistema financiero, se consideraba «imprescindible» la «nacionalización» de la banca para «poner el ahorro, el crédito y las divisas al servicio de los intereses de la gente». En materia agropecuaria, se insistía con la redistribución con destino a planes de colonización de las grandes extensiones de tierras con baja productividad, «como también las que se encuentren en manos de extranjeros que no residen en el Uruguay»¹³.

Como se señaló anteriormente, a inicios de la década de 1990 varios factores internos y externos (crisis de socialismo real, fractura del FA, acceso al gobierno municipal de Montevideo, entre otros) impulsaron la renovación. Con ese telón de fondo, el clima ideológico en la izquierda empezó a cambiar rápidamente. Antes del segundo Congreso Ordinario (agosto de 1991) se difundió a través de un medio de prensa escrita el documento «Más allá del desaliento hay un país que nace», más conocido como el «documento de los 24». Ese documento muestra que una parte considerable de la izquierda estaba dispuesta a revisar algunos de sus postulados ideológicos, programáticos y estratégicos¹⁴. El documento retomaba buena parte de los argumentos esgrimidos por los escindidos de 1989 y postulaba la necesidad de reunificar a la izquierda y construir alianzas más amplias:

Sacar adelante al Uruguay no es tarea que las izquierdas puedan realizar por sí solas [...]. No habrá transformación progresista del país sin una confluencia de mayorías. Pues bien, se puede avanzar hacia el encuentro de las mayorías nacionales [...]. Nuevas confluencias

12. Grandes líneas de acción política. En *De frente al futuro. Primer Congreso del Frente Amplio...*, FA, 1987, p. 6.

13. Plataforma electoral del Frente Amplio. En *Documentos*, n.º 7, FA, 1989.

14. Este documento fue firmado, entre otros, por comunistas «renovadores» y dirigentes de la Vertiente Artiguista (VA), una fracción del FA fundada en 1989. Varios dirigentes socialistas cercanos al intendente Tabaré Vázquez, que en lo fundamental compartía su contenido, participaron de la elaboración del documento, pero finalmente no lo firmaron dado que la mayoría del Comité Ejecutivo del PS consideró que el procedimiento utilizado era formal y políticamente inconveniente.

se hacen posibles. Confluencias del Nuevo Espacio y el Frente Amplio, para que todas las izquierdas sumen esfuerzos. Confluencias de las izquierdas con sectores progresistas de los partidos tradicionales, en ruta hacia una coalición para un gobierno alternativo de mayorías¹⁵.

El Congreso del FA discutió y aprobó el documento «Grandes líneas de acción política». Otra vez, la política de alianzas estaba en el centro de la polémica. El contenido de este documento representaba un compromiso entre los defensores de la estrategia frentista fundacional y los impulsores de la moderación programática que viabilizara un «gobierno de mayorías nacionales». Entre estos últimos estaban, además de los firmantes del «documento de los 24», el PS, el presidente del FA Líber Seregni y el nuevo líder en ascenso: Tabaré Vázquez. Pero los renovadores no pudieron avanzar mucho. El Congreso resolvió que sólo se podrían hacer alianzas con aquellos que estuvieran dispuestos a suscribir un programa esencialmente frentista (antioligárquico y antiimperialista); y los acuerdos se concretarían desde el gobierno, no como una condición para poder acceder a él.

En éste y en otros aspectos, pese a que el clima ideológico dentro del FA empezaba a cambiar, el documento aprobado siguió teniendo el mismo tono frentista fundacional de los anteriores: denunciaba la situación de dependencia y de creciente extranjerización de la economía agudizada por la aplicación del «modelo conservador» frente al cual postulaba un «modelo alternativo, nacional, popular y democrático» que incluiría, entre otros puntos, la «urgente desconcentración de la propiedad, tenencia y explotación de la tierra», la «reconversión del sistema financiero», el «papel preponderante del Estado en el comercio exterior», la «constitución de un frente de deudores» con el objetivo de «evitar el pago de intereses» de la deuda externa que «el FA considera que gran parte de la misma es ilegítima», y la transformación total del sistema tributario. Como novedad, se incorpora al programa el tema de la integración regional, declarándose el «apoyo crítico» al MERCOSUR que había sido creado meses antes como un acuerdo comercial entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay¹⁶.

El segundo Congreso Extraordinario (julio de 1994) mantuvo las ideas fundamentales expresadas en la plataforma electoral de 1989. Los sectores que promovían una mayor moderación de la propuesta (como el PS y la VA) no lograron obtener las mayorías de 2/3 requeridas. El programa aprobado no es más moderado pero sí mucho más extenso y está sensiblemente mejor elaborado que el de 1989. El primer capítulo, dedicado a los «aspectos políticos generales» no presenta novedades relevantes. El segundo capítulo, sobre «aspectos generales de la economía», incluye desarrollos muy detallados de numerosas políticas sectoriales. La mayor parte de las propuestas de 1989 y 1991 se mantienen: la nacionalización de la banca («su estatización será una medida a la cual se recurirá en caso necesario»), la constitución de un frente de países

15. Diario *La República*, 6 de julio de 1991, p. 8.

16. *Grandes líneas de acción política*. Segundo Congreso Ordinario, FA, 1991.

deudores con el fin de evitar el pago de los intereses de la deuda externa, el apoyo crítico al MERCOSUR, la participación del Estado en el desarrollo industrial, etc.

Algunos temas fueron más desarrollados o redimensionados, recogiendo el impacto de la evolución del debate público sobre ellos: la propuesta de reforma del Estado, orientada a la defensa de una administración pública profesional, meritocrática, controlada por los usuarios y consumidores, dirigida con criterios técnicos y no político-electORAles; la preocupación por el equilibrio fiscal y el control de la inflación; la explicación detallada de la reforma tributaria, que se seguía apoyando en el Impuesto a la Renta de las Personas Físicas; el destaque y desarrollo de la política de Ciencia y Tecnología. Finalmente, en el capítulo «políticas sociales», se le dio una atención especial al problema de la seguridad social, cuya reforma era considerada imprescindible por todos los actores políticos, y a la problemática educativa, que en esos años se había instalado fuertemente en el debate público a partir del preocupante diagnóstico realizado por la oficina de CEPAL en Montevideo¹⁷.

IV. EL PROGRESISMO (1995-2004)

IV.1. La estrategia: oposición, moderación, actualización y alianzas

El Congreso de 1994 también debía pronunciarse sobre los avances registrados en la estrategia de ampliación de las alianzas. A fines de 1993 Tabaré Vázquez había tomado contacto con otros sectores «progresistas» como el PDC, el PGP, el polo progresista (PP) del PN y el Movimiento de Reafirmación batllista (MRB) del PC. El objetivo de estas negociaciones era conformar una «macro-coalición progresista» con vistas a impulsar un «programa alternativo al neoliberalismo», con el propio Vázquez como candidato presidencial. En junio de 1994 se había alcanzado un principio de acuerdo con el PDC, una parte del PP y otra del MRB. Los partidarios de la estrategia «progresista» eran mayoría en el Congreso del FA pero no tenían los 2/3 de votos exigidos por los estatutos para adoptar resoluciones de esta naturaleza. La situación era especialmente delicada porque faltaban pocos meses para las elecciones.

Para salir del problema y luego de complejísimas negociaciones, el Congreso designó una comisión especial que, por mayoría simple y con los decisivos votos del PCU, aprobó la creación del EP. Esas negociaciones de julio de 1994 terminaron arrojando un resultado que conformaba a casi todos los sectores: el FA mantuvo su programa, esencialmente fiel al frentismo fundacional, pero, al incorporarse al EP, adhirió simultáneamente a un programa electoral sensiblemente más moderado, en el que ya no figuraban las formulaciones más drásticas respecto a la deuda externa y al sistema financiero, las cuales no habían sido eliminadas del programa frentista como reclamaban los partidarios de la moderación. Por ende, el punto de inflexión más importante en la estrategia

17. *Plataforma electoral y programa de gobierno del FA para el período 1995-2000*. Congreso Extraordinario, 1-2-3 de julio de 1994.

y en el programa de la izquierda frentista fue la conformación del EP en 1994, impulsada por Tabaré Vázquez, que había contado para ello, al menos desde 1991, con el apoyo del PS y la VA.

Recapitulando, durante las dos primeras fases (entre 1971 y 1984 y entre 1985 y 1994), el programa del FA y la ideología de las fracciones que lo conformaban tenían diferencias importantes. En 1971, el programa del FA era más moderado, democrático y reformista que la ideología subyacente entre sus fracciones. En cambio, en 1994, el programa del FA no incorporó el profundo proceso de moderación ideológica que se verificó durante la década previa. En 1994, el programa del FA quedó «a la izquierda» de la ideología predominante en la izquierda uruguaya. Esta brecha entre ideología y programa se cerraría durante la tercera etapa, que comienza con la creación del EP y culmina con su triunfo electoral en octubre del 2004. Efectivamente, la principal característica de esta tercera fase es que el programa del FA va incorporando, poco a poco, los cambios procesados en el plano ideológico durante la fase de transición, hasta terminar convergiendo con el del EP. Esta convergencia, incluso, terminó expresándose institucionalmente en la creación, tras las elecciones de 1999, de la Comisión Integrada de Programa (CIP) del EP-FA y la posterior disolución de facto de los ámbitos de elaboración programática estrictamente frentistas. Rematando este proceso de convergencia, el trabajo de la CIP será aprobado por el último congreso del FA reunido en diciembre del 2003. Este documento constituye la base del programa de gobierno presentado en la campaña electoral del 2004.

La moderación del programa frentista y su convergencia hacia el del EP se realizaron en el marco de su clarísima decisión estratégica de conquistar el gobierno. Tabaré Vázquez y su entorno dieron muestras de que comprendían perfectamente, desde comienzos de la década de 1990, que la victoria electoral sólo sería posible una vez que el programa de la izquierda se hubiera moderado lo suficiente como para conquistar el electorado de centro, en general, y al del interior del país, en particular. Para facilitar este cambio Vázquez montó al menos dos operativos políticos de importancia: en primer lugar, trabajó para ampliar, en sucesivos círculos concéntricos, las alianzas políticas de la izquierda uruguaya (entre 1992 y 1994 se sientan las bases del EP; entre el 2000 y el 2003 las de la Nueva Mayoría); en segundo lugar, desde 1996 (al ser designado presidente del FA en sustitución de Líber Seregni) impulsó un proceso sostenido de «actualización ideológica», que culminó cinco años más tarde en el Congreso Ordinario realizado en el año 2001.

Esta estrategia que combinó la actualización ideológica, la búsqueda de nuevos aliados y la moderación de la plataforma electoral se completó con una oposición firme y sistemática frente a los sucesivos gobiernos del PC y el PN. De esta forma, el FA, sin abandonar la izquierda, se fue expandiendo hacia el centro, al tiempo que captaba todo el beneficio del descontento ciudadano, que se fue incrementando con los resultados de las reformas estructurales y, desde 1999, con la crisis económica y social hasta el punto culminante alcanzado a mediados del 2002.

IV.2. La ideología de la izquierda uruguaya luego de su actualización

Una de las características más notables de la izquierda uruguaya de comienzos del siglo XXI es que pocas veces hace referencia al marxismo, aunque algunos de los grupos que integran la coalición (como el PCU y el PS) insistan en su fidelidad al antiguo credo. En realidad, predomina, en el conjunto de la izquierda, una definición socialista laxa, muy vinculada a la crítica de la globalización y del neoliberalismo, como expresión contemporánea de la crítica al capitalismo realmente existente.

En cuanto a la concepción del cambio, notoriamente la izquierda ha sustituido el ideal de la revolución por una aproximación reformista y gradualista. En todo caso, lo mismo que sucede con el referente socialista, la revolución es ahora entendida no como la modalidad de las transformaciones que se propone realizar sino como el resultado final de un proceso continuo de reformas graduales. Decía Vázquez en noviembre de 1997 en el documento en que lanzaba su iniciativa para la «actualización» que:

El próximo gobierno progresista tiene que apreciarse como una etapa dentro de un proyecto de cambio y por lo tanto deberá evaluarse en una perspectiva histórica. Es necesario tener absolutamente claro que no se trata de limar las aristas más negativas del modelo liberal y concentrador vigente, como tampoco que aspiramos a poner en marcha un programa de revolución social. Se trata de avanzar en la dirección de un modelo de desarrollo que permita ir compatibilizando sus componentes fundamentales, es decir: crecimiento, distribución de la riqueza con justicia social, soberanía nacional y regional, realización integral de mujeres y hombres, libertad y la más amplia participación política¹⁸.

La revalorización de la democracia, incorporada por la izquierda tras la traumática experiencia autoritaria y consolidada como uno de los ejes centrales de la renovación procesada en el período de transición, se confirma plenamente en estos últimos diez años. No existen cuestionamientos a la democracia «formal», pero tampoco una visión complaciente de su estado actual. En este sentido, se ubican los reclamos de profundización y ampliación de la democracia: implantación o desarrollo de los mecanismos de participación y control ciudadano y de descentralización; completa subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, resolviendo de una vez, entre otros asuntos pendientes, la cuestión de los detenidos desparecidos durante la dictadura; desconcentración de los grandes medios de difusión televisiva como garantía de la libertad de información y de prensa; y, finalmente, el señalamiento del «déficit social» de la democracia como amenaza a su sustentabilidad y legitimidad.

El señalamiento de la pobreza y, más en general, de la desigualdad socioeconómica como déficit democrático, evidencia la continuidad del privilegio que la igualdad sigue ostentando en la escala de preferencias valorativas de la izquierda. A diferencia

18. Tabaré VÁZQUEZ. *El Frente Amplio-Encuentro Progresista. Algunas ideas para su actualización*, noviembre de 1997, p. 2.

del período fundacional, puede decirse que la persistencia de la preferencia por la igualdad social convive con la revalorización de la libertad política, de tal forma que democracia y justicia se asocian de una nueva forma.

Se sigue asignando una relevancia central al Estado, pero se ha incorporado al mismo tiempo una visión más optimista del papel del mercado. La posición actual se puede calificar como un nuevo estatismo moderado, que asigna funciones específicas a las relaciones mercantiles y reconoce ineficiencias en la acción estatal, y la necesidad de una rearticulación eficiente entre Estado y mercado:

Vivimos en una sociedad donde el mercado juega un papel importante. Propugnamos un mejor Estado y un mejor funcionamiento de los mercados [...]. Impulsamos un proceso de reforma reguladora del mercado que evite sus frecuentes descompensaciones y efectos desigualitarios¹⁹.

De igual forma, se confirma la resignificación del papel de la sociedad civil y sus organizaciones y su articulación con el Estado en la elaboración e implementación de las políticas públicas, en particular las políticas sociales. Esta resignificación parte del reconocimiento de que «se ha desarrollado una nueva área de trabajo a nivel de la sociedad que no pertenece a la órbita estatal ni a la de la empresa capitalista, sino a la del conjunto de instituciones y emprendimientos sociales con fines públicos o privados y sin fines de lucro» y del señalamiento de la complementariedad del Estado con este tercer sector²⁰.

La orientación hacia el conflicto social y la lucha de clases como motor del desarrollo histórico, si bien evidentemente subsiste como interpretación del desarrollo histórico social en la larga duración, ha sido sustituida en la acción política y en el diseño de la política de alianzas actual por la promoción del «acuerdo social por el crecimiento económico y el desarrollo humano» a partir del supuesto de que: «La lucha por los cambios necesita que se procese una política de acuerdos de todos los sectores sociales afectados por la política económica y social impulsada por el bloque en el poder para enfrentarla con la mayor fuerza posible desde el momento actual»²¹. De una alta preferencia por el conflicto se ha transitado a la proclamación de la necesidad de la concertación e incluso a promover la idea, tradicionalmente rechazada, del «pacto social».

Mirando estos cambios en conjunto, desde el punto de vista ideológico, el «progresismo» uruguayo puede ubicarse en forma bastante precisa dentro del molde de la socialdemocracia, aunque en una versión más a la izquierda que la europea contemporánea. No reniega del socialismo como meta última aunque asume que la tarea del presente es desarrollar un capitalismo «en serio» y con justicia social. Probablemente

19. *Pautas para el desarrollo ideológico y la elaboración programática*. Cuarto Congreso Ordinario del FA. Tota Quinteros. Compromiso para el nuevo siglo, FA, septiembre del 2001, p. 8.

20. Ídem, p. 10.

21. Ídem, p. 10.

por ello, a pesar de las notorias coincidencias señaladas, la izquierda uruguaya reniega de proclamarse decididamente socialdemócrata. En este sentido, la renuncia de la socialdemocracia europea al socialismo y su aceptación del capitalismo como forma superior de organización de la sociedad, así como el giro a la derecha que evidenciaron desde los noventa algunos de los principales partidos socialdemócratas, con extremos como el del laborismo británico, son posiciones en las que el FA, en consonancia con los mayores partidos de izquierda latinoamericanos, no se reconoce.

Al cabo de un largo proceso ha desaparecido la brecha entre ideología y programa en la izquierda uruguaya. Su programa electoral es reformista porque se abandonó el ideal de la revolución; no es anticapitalista porque ya no se sabe qué clase de socialismo hay, aunque en el plano de la utopía no se haya renunciado a él.

IV.3. La dinámica de los programas

La coexistencia del EP y el FA nos obliga a analizar la evolución de ambos programas por separado. Dicho sintéticamente, mientras el programa del FA se moderó gradualmente hasta converger con los objetivos anunciados en la plataforma electoral del EP, el programa del EP, por su parte, se volvió cada vez más complejo y refinado, adoptando numerosas propuestas contenidas en la acumulación programática realizada por el FA durante las etapas previas.

IV.4. La evolución del programa del FA

El tercer Congreso Ordinario del FA, celebrado en diciembre de 1996, marcó el inicio oficial del liderazgo de Vázquez. Seregni había renunciado a la presidencia del FA en febrero de ese año como corolario de la polémica en torno a la reforma constitucional que promovía el gobierno colorado en acuerdo con los blancos y que Seregni había suscrito, pero que la mayoría del FA rechazó. El Congreso designó por unanimidad a Tabaré Vázquez para el puesto que hasta algunos meses antes había ocupado, ininterrumpidamente durante 25 años, Líber Seregni.

Desde el punto de vista programático este Congreso aportó dos novedades muy importantes. En primer lugar, por primera vez, el programa del «modelo alternativo» se estructuró en torno a tres ejes que se conservarán durante muchos años: la promoción de un «país productivo», el énfasis en las «políticas sociales», y la propuesta de democratización de la sociedad y del Estado. En segundo lugar, se eliminó el histórico postulado de la «nacionalización de la banca» aunque el documento aprobado señalaba que era «necesario establecer una regulación nacional del ahorro y del crédito para que éste sirva a la producción del país»²².

22. *Grandes líneas de acción política*. Tercer Congreso Ordinario del FA. Prof. Juan José Crottogini. Documentos y discursos, diciembre de 1996.

Las «Grandes líneas programáticas» aprobadas dos años más tarde por el tercer Congreso Extraordinario del FA (noviembre de 1998), contienen un cambio de gran importancia: el FA modificó oficialmente otra postura histórica, en este caso en relación a la deuda externa: «El gobierno progresista, sin rehuir las obligaciones contraídas por el Estado, buscará aliviar la carga externa, sin aceptar imposiciones de los organismos internacionales de crédito, renegociando plazos y reformulando el perfil de la misma»²³. Evidentemente, este cambio debe explicarse a partir de las dinámicas ideológicas y políticas al interior de la izquierda pero también a partir de un hecho muy concreto: en 1990 el gobierno uruguayo había obtenido una importante renegociación de la deuda en el marco del «Plan Brady» propuesto por el gobierno de Estados Unidos de América encabezado por George Bush (padre).

Este Congreso se pronunció además contra las dos reformas de políticas sociales más polémicas de la época, la de la Seguridad Social, y la de la Educación Pública. En el caso de la Seguridad Social se aprobaron las bases de una propuesta alternativa a la implementada por el gobierno:

El nuevo sistema de seguridad social tendrá un carácter integral y deberá estar basado en los principios de universalidad, redistribución, solidaridad intergeneracional, participación, eficiencia, protección y aportación tripartita, fortaleciendo el sistema básico y público del BPS, sustituyendo el actual régimen de AFAP sin afectar los derechos adquiridos por los ahorristas.

En cuanto a la Reforma Educativa, se ratificó la declaración de rechazo aprobada con anterioridad por el Plenario Nacional del FA, dejando constancia del «repudio» del Congreso a la «actitud de quienes, autodefinidos frenteamplistas, han participado en el diseño de la Reforma Educativa, como a su vez en actos de persecución a estudiantes y docentes»²⁴.

El cuarto Congreso Ordinario del FA, reunido en septiembre del 2001, tuvo como objetivo el profundizar en la «actualización ideológica» lanzada por Vázquez cuatro años antes. Los avances en este plano quedaron registrados en varios documentos. De todos ellos el que lleva el título «Nuestras señas de identidad» es particularmente relevante. En él, el FA propone una relectura de su tradición ideológica dirigida a suturar fuertemente la «fase progresista» con las ideas y valores fundacionales. Agreguemos a lo ya dicho que el mero hecho de que los frenteamplistas hayan debido discutir y aprobar un documento sobre sus señas de identidad refleja que, como corolario del largo ciclo de transformaciones ideológicas y programáticas, la izquierda estaba conviviendo algo problemáticamente con su propia historia ideológica. Desaparecido el socialismo en tanto meta concreta, reducido el antiimperialismo a declaraciones

23. *Grandes líneas programáticas*. Tercer Congreso Extraordinario del FA. Alfredo Zitarrosa, noviembre de 1998, p. 10.

24. Anexos. Tercer Congreso Extraordinario del Frente Amplio. Alfredo Zitarrosa, noviembre de 1998.

retóricas, abandonados planteos tan básicos de la programática frentista fundacional como la reforma agraria y la nacionalización de la banca, ¿qué quería decir concretamente ser frenteamplista en el año 2001? Para suturar las ideas del pasado con las del presente el documento se eleva al plano de los valores, en los que encuentra una continuidad esencial:

La libertad, la igualdad y la justicia social son las grandes metas del FA [...] Reivindicamos la libertad y la igualdad, la solidaridad y la justicia como nuestros principales valores²⁵.

En el año 2003, previo a las elecciones nacionales, el cuarto Congreso Extraordinario del FA aportó una novedad importante en el terreno programático. La declaración final elevó a una nueva jerarquía tanto la temática de la inserción comercial del país como la necesidad de una política de Ciencia y Tecnología. Estos temas habían venido ganando un espacio creciente durante la crisis económica desde 1999 al 2003 que puso de manifiesto la alta dependencia de Uruguay respecto a los mercados regionales y la importancia estratégica de apoyar el desarrollo económico en la capacidad de innovación. Por eso, la declaración final postula en vez de tres ejes, como venía siendo usual, cinco, al reafirmar:

Su compromiso para continuar trabajando en la consolidación de un proyecto nacional de país, en donde cobran fundamental importancia las dimensiones de: a) El Uruguay Social, en donde [...] los sectores más afectados por la aplicación sistemática e insensible del actual modelo económico sean los principales [beneficiarios] [...] b) El Uruguay Productivo [...] desde un papel activo y orientador del Estado. [...] requiere de una profunda reforma del sistema financiero y tributario buscando orientar la inversión hacia sectores productivos a priorizar. c) El Uruguay inteligente, como sociedad capaz de acoger y convertir en innovación social los desarrollos científicos y tecnológicos [...] d) El Uruguay Democrático, con un Estado transparente, eficaz y eficiente, conducido con honradez, en donde se respeten los derechos ciudadanos, se combatirá frontal e ineludiblemente la corrupción y donde se extiendan y profundicen los niveles de descentralización con un sentido de participación y toma de decisiones por parte de la gente [...] e) El Uruguay integrado, hacia la región, América Latina y el mundo²⁶.

Éstos fueron los cinco capítulos del programa titulado «El gobierno del cambio. La transición responsable» con el que la izquierda ganó la elección en octubre del 2004. Un programa de cambio gradual y moderado, sintetizado en un documento muy bien elaborado que se transformó en el eje central de la agenda de la campaña electoral del EP-FA, obligando a los contrincantes a debatir en torno a sus contenidos.

25. Nuestras señas de identidad. Cuarto Congreso Ordinario del FA. Tota Quinteros. Compromiso para el nuevo siglo, septiembre del 2001, pp. 20 y siguientes.

26. Resolución final del Cuarto Congreso Extraordinario del FA (22 de diciembre del 2003). Disponible en www.ps.org.uy.

Pero la importancia de este último Congreso no se relaciona sólo con los cambios que logró incorporar en el programa. Tan importante como esto, es lo que el Congreso evitó cambiar: los congresales no aprobaron algunas iniciativas dirigidas a radicalizar ciertas propuestas programáticas, entre ellas una que planteaba el «rechazo total al Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA)» propuesto por el gobierno de EE.UU., y otra que reclamaba el «no pago de la deuda externa».

IV.5. La evolución del programa del Encuentro Progresista

Se pueden reconocer tres momentos en el programa del EP entre 1994 y el 2004. Su primer documento, titulado «Lineamientos programáticos», era llamativamente escueto: apenas siete carillas. Según este documento, los ejes de un gobierno progresista serían:

El despliegue de una estrategia para la resolución inmediata de los más graves problemas del pueblo uruguayo. La construcción de una sociedad democrática, progresista y solidaria, que impulse un desarrollo socialmente justo y económicamente autosostenido, en el marco del sistema democrático y representativo y con amplia participación de la ciudadanía. La generación de una dinámica económica capaz de transformar la estructura productiva y potenciar al máximo los recursos propios preservando el medio ambiente y elevando la calidad de vida. La promoción de un desarrollo social apuntalado en las políticas públicas como en una dinámica articuladora de la sociedad y la economía²⁷.

En este documento el «progresismo» se definía como «radicalmente opuesto [a las] políticas neoliberales, socialmente ciegas, que nos han gobernado en las últimas décadas». En general, el programa «progresista» era de una vaguedad infrecuente en la tradición de la izquierda uruguaya y estaba notoriamente menos elaborado que los documentos programáticos presentados por los principales candidatos presidenciales blancos y colorados en esa elección.

Cinco años después, el panorama era muy distinto. El EP se presentó a la elección nacional de 1999 exhibiendo un documento extenso (casi 100 páginas) y cuidadosamente elaborado titulado «El Otro programa». Seguía la estructura tripartita (democratización, producción, políticas sociales) que caracterizó a los programas frentistas desde 1996 hasta el 2003. Es importante señalar que, aunque se mantenía el rechazo a la reforma de la seguridad social impulsada por Sanguinetti, se manifestaba la intención, dada «la trascendencia que el tema reviste para toda la sociedad», de modificar gradualmente el sistema previsional vigente, «no admitiendo consecuentemente políticas de shock».

Finalmente, para las elecciones de octubre del 2004, el EP-FA postuló un programa que, como se dijo más arriba, fue elaborado por la CIP del EP-FA, aprobado por el cuarto Congreso Extraordinario del FA (diciembre del 2003) y estampado en el programa

27. Lineamientos Programáticos. EP, 8 de agosto del 2004.

del EP-FA-NM «El gobierno del cambio. La transición responsable», en base a los cinco capítulos comentados en el apartado anterior.

V. CONCLUSIONES

En estas conclusiones queremos repasar, rápidamente, cuáles fueron los principales cambios ideológicos, estratégicos y programáticos, justificar nuevamente la periodización que hemos propuesto, y ofrecer una versión sintética de cuáles fueron los principales protagonistas de estos procesos.

A lo largo de algo más de tres décadas, la ideología de la izquierda uruguaya ha cambiado profundamente. En primer lugar, la izquierda del 2005 es mucho más democrática que la de 1971. Quienes siguen sin entender el valor de las formalidades democráticas están francamente en minoría. En segundo lugar, ya no habla de revolución y lo hace poco del socialismo. La revolución desapareció de su vocabulario. El socialismo, de meta cercana, más o menos inmediata, pasó a constituirse en un lejano horizonte, casi una utopía. En tercer lugar, ya no habla de «tomar el poder» sino de «ganar elecciones», y habla mucho menos de «lucha de clases» que de «acuerdo social». La izquierda frentista, que consideraba una traición a sus propias ideas «desplazarse hacia el centro», que se oponía a cualquier alianza política y social que implicara disminuir el contenido de su programa fundacional, finalmente terminó por tomar el camino que reclamaron, sin éxito, los «renovadores» de la «nueva izquierda» en la segunda mitad de la década de 1980.

En el plano programático, como puede verse en el Anexo de este artículo, la izquierda pasó de un programa de inspiración dependentista, «antiimperialista y antioligárquico», cuyos componentes centrales eran la reforma agraria, el rechazo de la deuda externa (considerada ilegítima), la nacionalización (o estatización) de la banca y del comercio exterior, a un programa «progresista», del que han desaparecido los componentes centrales del programa frentista fundacional. No ha abandonado, naturalmente, su preferencia por los valores de igualdad, justicia y solidaridad social, manteniéndose fiel a sus valores identitarios. Sin embargo, esta relativa estabilidad en el terreno axiológico no se compadece con la gran variación de sus propuestas programáticas que evidencia el abandono de buena parte de las medidas de política económica que se postulaban desde 1971.

Como hemos visto, la izquierda siempre ha estado cambiando. Hemos argumentado, no obstante, que el momento más importante en esta transición ideológica, estratégica y programática es el período 1985-1994. Para entender esto no hay que mirar solamente el programa del FA. En realidad, el momento clave del viraje ideológico no se expresa automáticamente en el programa, sino en la política de alianzas. Cuando el FA, en 1994, aceptó la creación del EP y apoyó los vagos y moderados lineamientos programáticos «progresistas», había dado el paso decisivo en su largo viaje ideológico desde la izquierda revolucionaria de 1971 hasta la izquierda gradualista y moderada del 2004. El momento decisivo en ese viaje fue el año 1994. El hecho decisivo, la creación del EP.

Todo este proceso fue hecho con enorme cuidado, haciendo un esfuerzo formidable por conciliar cada novedad, cada giro ideológico y programático, con la tradición y los valores frentistas, lo cual, entre otros factores, evitó que la incorporación del centro-izquierda produjese rupturas por la izquierda.

Son numerosos los factores que explican esta dinámica ideológica, estratégica y programática. Tal vez el más importante sea exógeno: el fracaso del socialismo real. Sin embargo, en la revalorización de la democracia liberal ha tenido un papel decisivo la dolorosa experiencia autoritaria doméstica. También son numerosos los actores que hicieron posible esta renovación. El PDC y el MGP, antes del cisma de 1989, jugaron un papel muy importante en la crítica de los fundamentos teóricos y de las referencias internacionales de la izquierda que denominaron «tradicional». Después de la ruptura del FA, y si estamos en lo cierto cuando afirmamos que el hecho más importante en la evolución de la izquierda es la creación del EP, quienes más han aportado a la renovación de la izquierda son los actores políticos que más sistemáticamente contribuyeron a impulsar y concretar la estrategia «progresista». En ese sentido, hay que destacar, entre las fracciones del FA, el papel del PS y de la VA, y entre sus líderes, el papel de Seregni primero, a la salida de la dictadura, y muy especialmente, el de Vázquez desde 1994.

Tabaré Vázquez ha sido uno de los protagonistas más importantes en la evolución ideológica, estratégica y programática del FA. Desde mediados de 1992 en adelante ha sido un factor decisivo en el impulso a la moderación programática del FA por la vía de la ampliación, en círculos concéntricos sucesivos, de las alianzas políticas.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- BARRÁN, José Pedro y NAHUM, B. *Un diálogo difícil (1903-1910)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1981.
- BOIX, Carles. *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y social-demócratas en la economía mundial*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- BUDGE, Ian. Parties, Programs and Policies. *American Review of Politics*, 1993, vol. 14: 695-716.
- BUDGE, Ian; HOFFERBERT, Richard y KLINGEMANN, Hans-Dieter. *Parties, Policies and Democracy*. Boulder (Colorado): Westview Press, 1994.
- CAETANO, Gerardo; GALLARDO, Javier y RILLA, José. *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*. Montevideo: Ediciones Trilce, 1995.
- DE ARMAS, Gustavo; GARCÉ, Adolfo y YAFFÉ, Jaime. Introducción al estudio de las tradiciones ideológicas de los partidos uruguayos en el siglo XX. *Política y Gestión*, 2003, vol. 5: 77-105.
- FILGUEIRA, Fernando; GARCÉ, Adolfo; RAMOS, Conrado y YAFFÉ, Jaime. Los dos ciclos del Estado uruguayo en el siglo XX. En Instituto de Ciencia Política. *El Uruguay del siglo XX. La Política*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2003, pp. 173-204.
- GARCÉ, Adolfo y YAFFÉ, Jaime. *La Era Progresista*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004.
- GERRING, John. *Party Ideologies in America, 1828-1996*. New York: Cambridge University Press, 1998.
- GIDDENS, Anthony. *La tercera vía*. Madrid: Taurus, 1999.
- GONZÁLEZ, Luis Eduardo. *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*. Montevideo: Instituto de Ciencia Política, Fundación de Cultura Universitaria, 1993.

- *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambio*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, Universidad Católica del Uruguay, 1999.
- HARNECKER, Marta. *El Frente Amplio. Los desafíos de una izquierda legal*. Montevideo: Ediciones La República, 1991.
- KATZ, Richard y MAIR, Peter. The cross-national study of party organizations. En KATZ, Richard y MAIR, Peter (eds.). *Party organizations. A data handbook on party organizations in western democracies, 1960-1990*. London: Sage, 1991, pp. 1-19.
- KITSCHELT, Herbert. *The transformation of european social democracy*. New York-Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- LANZARO, Jorge. *Sindicatos y sistema político. Relaciones corporativas en el Uruguay (1940-1985)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1986.
- *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*. Montevideo: Instituto de Ciencia Política-Editorial Fin de Siglo, 2004.
- LAVER, Michael y GARRY, John. Estimating Policy Positions from Political Texts. *American Journal of Political Science*, 2000, vol. 44: 619-634.
- MELO, Edén. Después de la fritada veremos los chicharrones. *Zeta*, febrero de 1987, n.º 14, año II.
- MERKEL, Wolfgang (ed.). *Entre la modernidad y el posmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- MOREIRA, Constanza. *Final de juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce, 2004.
- PANEBIANCO, Angelo. *Modelli di partito. Organizzazione e potere nei partiti politici*. Bologna: Il Mulino, 1982.
- PIVEL DEVOTO, Juan. *Historia de los partidos y de las ideas políticas en el Uruguay*. Montevideo: Editorial Río de la Plata, 1942.
- PRZEWORSKI, Adam y SPRAGUE, John. *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*. Chicago: Chicago University Press, 1986.
- REAL DE AZÚA, Carlos. Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy. En *Uruguay hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1971, pp. 145-321.
- VALENTI, Esteban. El optimismo de la voluntad, el pesimismo de la inteligencia. Editorial de la revista *Estudios del PCU*, julio de 1988, n.º 101.
- WETTSTEIN, Germán. *El FA en el umbral del gobierno nacional*. Montevideo: Ediciones La República, 1993.

ANEXO
EVOLUCIÓN DEL PROGRAMA DEL FREnte AMPLIO EN LOS DOCUMENTOS DE SUS CONGRESOS (1971-2004)

Fase	El frenitismo fundacional	La transición	El progresismo
Año	1971	1984	1987
Instituciones políticas	Contra las candidaturas múltiples a la presidencia, énfasis en la descentralización, en la participación ciudadana, equilibrio entre poderes		
Agro	Reforma agraria radical - Expropiaciones. Acento en la tecnificación	En 1984 desaparece referencia a la nacionalización de los grandes monopolios del comercio exterior	A partir de 1991 se elimina la referencia a la reforma agraria Redistribuir sin afectar intereses creados - Estímulos a las cooperativas - Tecnificación
Comercio exterior	Nacionalización		
Industria	Nacionalización Ind. Frigorífica	Política industrial activa. Promoción de sectores específicos (exoneraciones tributarias, créditos, entre otros)	Apoyo crítico al MERCOSUR Relanzamiento MERCOSUR
Ciencia y tecnología	Muy pocas referencias	A partir de 1991 van aumentando las referencias a la necesidad de una fuerte política de Ciencia y Tecnología.	
Papel del Estado		Reivindicación de la planificación, promoción del desarrollo, redistribución del ingreso.	En el programa 2003, C&T cobra especial destaque: el Uruguay inteligente
Tamaño del Estado	Nacionalizaciones	Huellas del pensamiento desarrollista y de las propuestas de planificación indicativa intensamente debatidas en la década de 1960	
Sistema financiero	Nacionalización	En 1984 se propone la estatización	En la década de 1990 vuelve a hablarse de nacionalización
Política tributaria		Política tributaria finalista y progresiva. Impuesto a la Renta de las Personas Físicas	A partir de 1996 no se habla más de nacionalización: riguroso control público y defensa de la banca estatal.
Servicio civil		Profesionalización - Ingreso meritocrático	Profesionalización - Crítica al clientelismo - Estímulo a la carrera administrativa
Educación	Reforma «democrática» de la enseñanza. Conexión entre enseñanza y desarrollo		Oposición a procedimientos y algunos contenidos de la reforma Rama
Seguridad social	No están demasiado tematizados. Ímplicito, diagnóstico estructuralista de la inflación	Formulaciones genéricas	Eliminar «gradualmente» sistema AFAPS
Equilibrios macro		Evitar inflación. Cuidar equilibrios macroeconómicos	
Deuda externa	Rechazo frontal al FMI	No pagar intereses. Deuda es «ilegítima». Frente de deudores	Renegociar pero cumplir los compromisos